Mons. Edmundo Abastoflor M., Arzobispo de La Paz – Bolivia. - Trier, 11 de agosto de 2005.

CÓMO QUEREMOS VIVIR?
Caminos para un estilo de vida sostenible en el Norte y en el Sur

Deseo intentar transmitir unos impulsos de reflexión sobre este tema, partiendo de mi experiencia de vida y de lo aprendido en mi contacto con mucha gente quechua y aymara, que habita en Bolivia. Ambos pueblos, quechua y aymara, son parte de culturas muy antiguas, en la parte occidental de América del sur. Si a ellos se les plantea la pregunta de cómo quieren vivir, de cómo se imaginan su futuro, ellos responderían: queremos vivir en paz, en armonía, cada uno consigo mismo, con los demás y con la naturaleza.

La armonía la entienden como el respeto mutuo, la aceptación de la forma de ser de cada uno, de sus derechos, de su individualidad; el que cada uno ocupe en la familia y en la comunidad el lugar que le corresponde; que pueda desarrollarse con sus propias potencialidades, pero siempre junto y en relación con los demás. Cada uno es miembro de su familia y de su comunidad; goza del derecho de ser aceptado por los demás; en retribución debe corresponder con ese mismo respeto y aceptación hacia ellos. Cada persona es parte esencial de la comunidad; se necesita su aporte para el progreso de la comunidad y ésta también aporta al bienestar de cada individuo.

Para aymaras y quechuas cada uno da y recibe y la comunidad es el conjunto de los que comparten, de todos los que dan y reciben. Eso es armonía. Pero como existen diferencias entre las cualidades y capacidades de los miembros de la comunidad, es necesaria la complementariedad. Así, los que tienen más en cierto aspecto, deben ayudar y ayudan a los que tienen menos y a la vez se sienten favorecidos por otros en aquello que a ellos mismos les falta. Cuando alguien comete una ofensa contra otro o daña en algo sus derechos, rompe el equilibrio y la armonía no sólo con él, sino con toda la comunidad. Es algo que afecta a todos y la comunidad necesita y debe restaurar la armonía nuevamente, haciendo que los derechos del perjudicado sean resarcidos y, cuando es necesario, castigando también al culpable.

Otro pilar fundamental de la forma de vida y de la vida deseable de nuestros pueblos, es la relación del hombre con la naturaleza. Los quechuas y los aymaras han sido, y siguen siendo todavía en gran parte, culturas eminentemente agrícolas. Saben que su vida y su subsistencia dependen fuertemente de la producción de la tierra y de la confluencia positiva de los elementos de la naturaleza, agua, aire, fuego, etc. Estos elementos y fuerzas naturales pueden ser favorables al hombre o pueden serle dañinos también. Por ello hay que tratar de encontrar un equilibrio y armonía en el trato hacia ellos. La relación con ellos es como con seres vivos y se les atribuye actitudes y estados de ánimo como entre los seres humanos. A veces se ve a un campesino sentado al flanco de una montaña, silencioso, mirando en dirección al sol. Le preguntas, “qué haces, hermano?” y él responde “me estoy llenando de luz”.

Hay que cuidar y tratar bien sobre todo a la tierra, para que esté contenta y produzca el fruto de lo sembrado; no nos podemos aprovechar de ella explotándola exageradamente: hay que dejarla “descansar” cada determinado número de años, para que vuelva a producir con fuerza y en abundancia. Hay que cuidar el agua, elemento tan importante para la vida; que no se desperdicie ni se contamine, para que pueda fecundar la tierra y alimentar a sus habitantes, hombres y

animales. Hay que ser agradecidos con la tierra, con el sol y la luna, con el viento y los astros, pues ellos se preocupan de nosotros; nos tratan bien si nuestro trato hacia ellos es equitativo y armonioso y nos castigan cuando se hace mal uso de ellos. La tierra es como nuestra madre, es la "madre tierra", la "pachamama", y hay que rendirle homenaje. El trato respetuoso y delicado con la naturaleza lleva a que ésta no se agote y se renueve constantemente, en beneficio de la gente. Nuestros pueblos indígenas han descubierto y cultivado la ecología ya desde hace siglos. No es ninguna novedad para ellos, sino más bien algo natural y una obligación.

El contacto con el cristianismo y la recepción de la fe han hecho que la mayoría de nuestros pueblos autóctonos no considere ya como seres vivos y superiores a las fuerzas de la naturaleza, sino más bien, que los tomen como creaturas de Dios; lo cual, sin embargo, no ha quitado nada del respeto ni del cuidado con que se las trata. Por otro lado se considera a Dios como el creador de la naturaleza y de los seres humanos y como el referente principal para toda vida que valga la pena y para todo desarrollo sostenible. La relación de armonía y de paz con El supone tomarlo en cuenta, como a alguien importante en nuestra vida, hacer caso de su palabra y responder a su amistad y amor con lo mismo de parte de nuestra.

Si se han guardado, pues, las relaciones de paz, equilibrio y armonía con los demás, con la naturaleza y con Dios, se puede llegar a una auténtica relación de paz, de equilibrio y de armonía con uno mismo; a estar contento con lo que se es y con lo que se tiene, y a tratar de buscar, en primer lugar, el ser más como persona, como ser humano y como sujeto de relaciones con los demás, con la naturaleza y con Dios. A "ser más antes que tener más", algo que formuló muy claramente el Papa Paulo VI.

Nuestros pueblos autóctonos poseen esa sabiduría profunda que hace vivir la vida con sencillez y a la vez con intensidad, sabiendo que las relaciones y el comportamiento con los demás y con la naturaleza deben ser respetuosos y delicados. No necesitamos mucho para vivir; más importante que los bienes materiales son las relaciones de equidad, armonía y justicia con los otros y eso es fundamental para cualquier tipo de desarrollo y de vida sostenible. Si explotamos demasiado a la naturaleza, seguro que ésta se va a "cansar", es posible que ésta nos pueda "castigar". Una sociedad consumista y explotadora no solamente puede acabar con los recursos naturales, para nosotros o para la próxima generación, sino que también puede acabar con la calidad de vida interna, moral, espiritual de los habitantes de este planeta.

Aunque pareciera que la gente indígena es demasiado sencilla, simple y hasta ingenua, sin embargo, tiene una gran capacidad de comprensión de los ámbitos mayores de relación entre las personas y entre los pueblos, no sólo a nivel nacional sino también internacional. Una vida que valga la pena vivir, un desarrollo sostenible, debe ser considerado no sólo a nivel individual o familiar, o de la pequeña comunidad local, sino que está ligada a las relaciones de justicia y equidad dentro de la sociedad política en la que se vive y en medio de las relaciones internacionales, que crecen a todo nivel, en estos tiempos de globalización. Y esto lo hacen también los indígenas.

Si no hay relaciones de armonía, equilibrio y paz entre los diferentes grupos y sectores de la sociedad en cualquier país, siempre van a haber obstáculos que se opongan a un desarrollo

sostenible. Se deben buscar relaciones de justicia y de equidad, por ejemplo, en cuanto a los derechos de la mujer, en las condiciones de trabajo, en las relaciones comerciales, en las oportunidades de acceso a la educación, a la atención de salud, a mejoras de vivienda, etc. Hacen falta una sociedad y un Estado que atiendan mejor a las necesidades de sus ciudadanos, dentro de sus propias posibilidades.

Finalmente, para un desarrollo sostenible a nivel global se deben superar las enormes desigualdades, los inmensos desequilibrios, entre las situaciones que se viven en los países ricos, del hemisferio norte del planeta y los países pobres, del hemisferio sur. La brecha entre ricos y pobres, a pesar de esfuerzos válidos que también se hacen, va creciendo cada vez más, en vez de disminuir. Las, así llamadas, "metas del milenio" (disminuir la pobreza en el mundo en un 50%, hasta el año 2015) parecen hasta ahora inalcanzables.

Se deben hacer grandes esfuerzos para promover capacidades de producción en los países pobres, y a la vez hacer que tengan posibilidades reales de acceder, en forma justa y hasta preferente, a los mercados internacionales. Hace falta un gran esfuerzo para que las relaciones comerciales entre países ricos y pobres sean más justas y equitativas. El problema de la deuda externa de muchos países pobres es también, todavía, agobiante. Esfuerzos que se hacen, como el de la última reunión de los países del G-8 en Escocia, son a veces más aparentes que reales; en todo caso, son insuficientes. Por ejemplo, como fruto de esa reunión Bolivia recibiría una condonación de ap. 2000 millones de U$ dólares, una suma grande; 40% del total de la deuda externa de Bolivia, pero en la práctica significa solamente un 15% del servicio anual de la deuda, pues el monto a condonar corresponde a créditos concesionales, es decir a largo plazo y bajos intereses. La que se debería condonar, para prestar una ayuda efectiva, es la otra deuda, la de plazos cortos y altos intereses.

En todo caso podemos aprender mucho, en cada nivel, desde el de cada uno de nosotros individualmente, hasta el de las relaciones internacionales de nuestros países, de la sabiduría indígena que dice que para vivir mejor y para un desarrollo sostenible hay que buscar relaciones de equilibrio, de armonía y de paz en cada uno, con la naturaleza y entre los individuos y los pueblos. Creo que ese es el anhelo también de todos y cada uno de ustedes, amables participantes en este Foro. Por ello, agradezco su atención y confío en que el compromiso y la colaboración de todos y cada uno de ustedes ayuden a construir un mundo más humano, más habitable y más sostenible para nosotros y para las generaciones futuras. A todos ustedes está encomendada esta gran tarea y este desafío.

Trier, 11 de agosto de 2005.

Mons. Edmundo Abastoflor M.
Arzobispo de La Paz - Bolivia